

LANÇON, Bertrand: *La chute de l'Empire romain. Une histoire sans fin*. Paris: Perrin, 2017, 347 pp. [ISBN 978-2-262-04826-6].

La caída del Imperio romano, enuncia el autor en el título del libro objeto de este comentario, es una 'historia sin fin', una historia inacabada, inacabable, interminable, por cuanto más allá del debate erudito que anima cualquier acontecimiento histórico, la 'caída' de Roma es un fenómeno cultural que, insertado en el imaginario universal de la cultura occidental desde el Renacimiento, se ha convertido en un reflejo «des anxiétés et des idéologies d'aujourd'hui». La caída del Imperio romano ha sido, desde que a mediados del siglo xv los otomanos se apoderaron de Constantinopla, una impagable reserva de referencias para épocas inquietas, un acontecimiento sobre el cual el 'presentismo' ha caído como una fuerza casi gravitacional. La expresión es del autor.

El objetivo del libro no es resolver las evidencias sobre las cuales sustentar una caída o una supuesta continuidad, el autor tiene una larga trayectoria como historiador del periodo: *Le Monde romain tardif (IIIe-VIe siècle)* [1992], *Rome dans l'Antiquité tardive (312-604)* [1995], *L'Antiquité tardive* [1997], y remite a una bibliografía ajena que ya se ha ocupado de fijar los acontecimientos, por más que no lleguen a ser concluyentes, y de presentar la historia del debate. Autores entre los cuales escoge a Alexander Demandt, *Der Fall Roms* (1984, reeditada en 2015), como referencia más firme. La pretensión declarada es interesar a los lectores sobre el hecho de cómo

y por qué la caída de Roma ha llegado a provocar más fascinación que la magnitud de sus logros y su milenaria longevidad. Mostrar que, la idea está igualmente en Demandt, se trata de un fenómeno más historiográfico que histórico. En tal sentido el libro no pretende descubrir elementos nuevos, pero es un libro oportuno por varios motivos.

Por un lado se ocupa de recoger y analizar las renovadas controversias que han animado el debate entre 2005 y 2015, donde analiza la influencia del presente inmediato sobre un proceso de revisionismo que ha llevado el péndulo interpretativo de la idea de transformación y continuidad que dominó el panorama historiográfico entre 1960 y 2000, cuando el término Antigüedad tardía parecía imponerse como un nuevo paradigma interpretativo, a una relectura finalista y catastrofista que vuelve a situar el inicio de la Edad Media en el siglo v (Peter Heather, Bryan Ward-Perkins, Chris Wickham) y analiza el surgimiento de Europa desde el colapso de Roma, la crisis económica y la violencia bárbara. Un análisis que marcaría el salto desde el entusiasmo de la postguerra al desencanto de la postmodernidad. Por otra parte, el libro pretende ser una contribución 'francesa' al debate de la caída de Roma. El autor considera que los historiadores franceses han mantenido una gran discreción en las controversias de la caída de Roma durante las últimas cuatro décadas. Frente a la concepción 'gibboniana' de la 'caída' que ha influido sobremedida en la conciencia de occidente y que marcaría aún la historiografía anglosajona promovida, esencialmente, desde Oxford y Cambridge, Lançon

reivindica las lecturas de Frederic Ozanam y Fustel de Coulanges quienes, a mediados del siglo XIX, habrían argumentado en el sentido de una no caída de Roma y una continuidad en los reinos germánicos. Reivindicando igualmente la figura de Marrou quien, en 1949, habría revisado la idea de caída de la cultura antigua, de Biarne y Pietri. En esa percepción de continuidad se sitúa él mismo y desde ella analiza las perspectivas de su entorno. Perspectivas que considera mediatizadas en el debate contemporáneo por la polarización de la rupturista tradición anglosajona, reforzada en el siglo XXI con una idea de caída brutal, y la perspectiva alemana donde los invasores, lejos de ser bárbaros destructores, son presentados como portadores de una savia nueva capaz de regenerar y restaurar un Imperio por la mano de carolingios y otonianos en los siglos IX-X; donde el proceso se invierte para dotar de raíces romanas al estado alemán. Frente a esas tradiciones propone un planteamiento de continuidad que reivindica como 'francés' y que acaba pareciendo más una posición geo-estratégica que una conquista historiográfica. Ni que decir tiene que fuera de esa triada euro-céntrica no parece existir nada y las historiografías ajenas a ese ámbito son ignoradas, caso de la italiana, o simplificadas; el repaso sobre la producción procedente de Norteamérica se remite, más que a la producción académica, al espejo deformante del péplum cinematográfico. La misma figura de Peter Brown que desde los inicios de los años sesenta del siglo XX se convierte en el revulsivo para una lectura continuista, es objeto de una crítica por su giro casi exclusivamente culturalista, que el autor

remite a Andrea Giardina —casi la única reivindicación de la perspectiva italiana—, a la vez que es descontextualizado de su medio académico estadounidense para hacerlo representante de la percepción irlandesa: un mundo ajeno al Imperio romano pero generador de un monacato integrador y unificador.

Pero el libro no es un mero repaso de posturas historiográficas, del debate más reciente y de la constatación de que el fin de Roma está mediatizado por el debate político contemporáneo hasta el punto de convertirse en un caballo de batalla de las ansiedades y temores de una civilización que se siente decadente o amenazada. Es, también, la reivindicación de la postura continuista propia del autor, que quiere hacer ver que es casi la de una tradición historiográfica nacional. Para ello no solo remite a una tradición ya mencionada, de la cual parece descartar una incómoda Ilustración, sino que busca en el debate más reciente compañeros de viaje como Magali Coumert, Christine Delaplace o Bruno Dumézil, rechazando como anómalo el catastrofismo de Michel De Jaeghere. Para plasmar esa postura el autor escoge una serie de momentos, caso del 410 o el 476, o de factores de percepción histórica, como las estructuras del estado, el retroceso territorial, las invasiones, el colapso económico, la decadencia cultural o el nuevo papel de la religión, a los que el autor considera espejos en los cuales ver reflejados los acontecimientos antiguos y las percepciones contemporáneas. Es una presentación original pero la elección parece dejar fuera factores de enorme interés como el ejército, al que apenas dedica unas líneas, y el tratamiento

parece muy desequilibrado: mientras 151 notas ilustran el espejo deformante del significado del saqueo goda sobre Roma en el 410, solo una ilustra el dedicado al estudio de un cristianismo ‘deletéreo’.

Más allá de esta constatación de aparente desequilibrio, el libro tiene momentos de gran brillantez. Es el caso del último de los espejos, probablemente el más deformante, dedicado a comparar las percepciones (norte-) americana y europea de la ‘caída’, donde el autor propone un atractivo cuadro sobre las diferencias culturales de ambos contextos y sobre el peso de sus propias tradiciones conformadoras, de sus respectivas identidades, en la lectura mediática de la suerte de Roma. Es aquí, además, donde el libro parece remitir más claramente al género ensayístico por encima de la percepción del historiador. Un juego de analogías que parecieran dar la razón a quienes creen posible analizar el presente, el Grexit o el Brexit, la amenaza de una inmigración incontrolada e incontrolable, con los parámetros del Imperio romano y su desaparición. Para quienes, como De Jaeghere, puedan reivindicar una vuelta de tuerca ‘patriótica’ al considerar que el Imperio romano —tras más de mil años de trayectoria— fue a la postre inviable porque era demasiado

grande y demasiado heterogéneo y por lo tanto donde era difícil estimular la conciencia de pertenencia a una casa y un destino comunes. Analogías que sirven a Houellebecq para presentar el desasosegante cuadro de su novela *Soumission*. Juego de analogías que acaban pareciendo una renuncia a la capacidad del historiador para analizar el pasado. El autor parece resignado a asumir que el método histórico es un pobre instrumento sometido a la tiranía de los razonamientos del lenguaje, empequeñecido por la racionalidad o irracionalidad del propio historiador, por su ideología, los afectos personales o los imperativos de cada contexto, donde cada uno tiene su ‘caída’ y ninguno la verdadera. Donde la Historia, la imagen es del autor, puede compararse con un laberinto, con una de las escaleras de Maurits Escher, donde «descendre et monter y sont fondus dans la même illusion». La historia como trampantojo. A la postre una declaración de impotencia sobre el oficio y la capacidad del historiador: «la chute de l’Empire romain a tout d’une auberge espagnole».

Pablo C. Díaz
Universidad de Salamanca
pcdiaz@usal.es